

EL GIGANTE ATLAS Y LA FILOSOFÍA

por

JUAN D. GARCIA BACCA

I

Atlas es el gigante mitológico que levanta y lleva en sus brazos la esfera del Mundo. Todos, de pequeños, lo hemos visto, representado en las portadas de nuestros Atlas geográficos.

No supimos, hasta más tarde, lo que los griegos quisieron decirnos con tal mito —el *logos* del *mito*. Atlas carga con el mundo, mas no se apoya él en nada; flota, al parecer, en la nada o vacío total —total, pues todo el mundo: tierra y cielo está incluido en la esfera bellamente circular que, un poquito encorvado, Atlas sostiene.

Ni hace falta alguna que Atlas, y por él el Mundo, se apoye en algo. En vacío *absoluto* no hay nada que atraiga en una dirección privilegiada. No hay nada en qué apoyarse, pero tampoco hay nada que tire de uno. Apoyarse *sobre* no tiene aquí sentido; no es problema ni necesidad filosóficos o científicos.

El mundo pesa sobre Atlas; ¿sobre qué pesa, a su vez, Atlas? Pregunta sin sentido, porque "pesar" para Atlas ha perdido todo sentido.

El griego lo supo, con saber de imaginación inteligente; y no se preguntó: ¿sobre qué se apoya Atlas?

Nuestros astronautas comprenden, por haberlo experimentado, lo que es ser (casi) *ingrávidos*; y son los capaces de *comprender* perfectamente el mito griego de Atlas. El mundo entero no pesa; y, por tanto, el mundo entero no le pesa a Atlas.

Atlas significa en griego el no (a) fatigable (*tlao*); no porque no se canse o no sucumba al continuo y total peso de todo lo pesado que es el Mundo, sino, sencillamente, porque no hay de qué fatigarse, ni aun por lo que el vulgo creería ser lo más pesado: la suma y lo sumo de todo lo real: El Cosmos.

El Mundo, el Todo, no necesita de nada ni de Nadie en quien apoyarse; y si imaginamos, por superabundancia de imaginación y deficiencia de pensamiento, que Alguien lo sustenta, ese Alguien, a su vez, no se apoya en Nada, ni falta que le hace a El, y, por ello, tampoco al Mundo que no le pesa, pues *el* Mundo no pesa.

La Esfera de la realidad —la Omnincluyente esfera de la Verdad, bellamente circular— está hacia toda dirección en perfecto equilibrio —cantó ya Parménides, en hexámetros dictados por la Diosa Justicia.

Sobra, filosóficamente hablando, Atlas, cuando más falta hiciera, al vulgar parecer o pensar, un desmesurado y descomunal gigante para cargar con el Universo, suma de todo lo pesado de la realidad.

II

Pero una cosa es que el Universo sea lo mínimamente pesado —tan mínimamente que su paso es, y tiene que ser, cero—, y otra que no le pese al filósofo. En principio, plan e intención el filósofo *es Atlas*. La filosofía abarca todos los seres, Dios incluido, y todo lo de todos ellos y lo más propio y decisivo para ser cada uno lo que es: ser *ser*. Por tanto el filósofo es y hace de Atlas, y no hubiera mejor estampa para toda portada de obras sobre Filosofía que la de nuestros viejos Atlas geográficos; y, en justicia, las obras de cada filósofo debieran llevar en su portada, en vez de Atlas, la vera o presunta efigie del correspondiente filósofo, levantando con el meñique el Universo —*su* Sistema, que tiene que ser el Universo del ser, todos los seres dentro y en su lugar: Dios inclusive.

Atlas no lo es el Geógrafo, por ejemplar y monopolística manera.

Atlas lo es el Filósofo, por derecho propio, por incompañable privilegio.

Lo malo del filósofo se reconcentra en que, inevitablemente, es hombre, pesado por animal. Es, pues, en uno intramundano por animal; y extramundano —posible Atlas—, por racional.

Unos pocos kilos no sólo pesan, sino nos pesan, es decir: notamos que nos pesan —somos conceptualmente conscientes de que nos pesan—; lo cual es otra manera de decir que nuestro pensamiento, nuestra razón no pueden evadirse del universo, salirse de él; y que eso de Atlas es una imposibilidad para el filósofo-hombre, por muy filósofo que se crea e intente ser.

Modestamente la filosofía moderna suele comenzar por dar larga, detallada y meticulosa constancia de que el hombre es *ser*, y es su *ser* estando o siéndolo *en* Mundo.

Platón creía aún recordar su estancia en un mundo de ideas: él sin cuerpo, sin cuerpo ellas —los dos sin peso.

Atlas no fue entonces ni realidad ni problema. El problema comienza a surgir y preocupar cuando se advierte, sorprendido, que la Suma de cosas pesadas no es pesada.

Atlas hubiera podido hacer las sumas parciales, y notar su peso creciente; mas, por arte plusultramágico de birlibirloque, al hacer la suma total, al tomar el Todo, el Universo, se hubiera hallado con que la Suma total es de peso cero. Y no porque, diríamos ahora, a todo cuerpo se dé un anticuerpo —protón antiprotón, electrón antielectrón, que un Atlas junte y se anulen—, sino porque, parezca tan raro como pareciere, una verdadera suma, al llegar a total, se transmuta en Todo, y el Todo anula, sin aniquilar, lo típico de la Suma: el número expreso de sumandos y el orden y agrupamiento de ellos.

El cinco —lo advirtió ya Aristóteles—, no es *cinco veces* uno, sino cinco de *una vez*. En trance de sumar, en las etapas de hacerse el cinco, el uno se va tomando una vez, una y una vez, una y una y una vez. . . ; mas, al tomar la unidad cinco veces seguidas y pararse, surge el cinco que es ya, de súbito, por mutación, cinco unidades de *una vez*. Cinco es, entonces, un Todo, cuando el proceso ha sido una suma. La suma, llegada a total, se transmuta en Todo.

La matemática moderna, en su teoría de los conjuntos, se ha visto obligada, por el principio de contradicción o por la exigencia de no contradecirse, a distinguir entre *Conjunto* de n elementos (Todo) y los n elementos de tal conjunto (suma). "*Conjunto de un elemento*" y "*ese uno elemento de tal conjunto*" no pueden ser lo mismo. Uno una vez no es lo mismo que uno de una vez —la confusión, tan peligrosamente próxima, no es sencilla confusión; es una contradicción que se agrava al infinito y explota incontenible y escandalosamente al identificar *Conjunto* de todos los conjuntos y *todos los conjuntos* de tal Conjunto. Es la contradicción entre *Suma* (de n elementos) y *Todo* (de esos mismos elementos), entre *pluralidad* (de una unidad) y *unidad* (de tal pluralidad), entre lo mismo en estado *explícito* (de pluralidad) y ese mismo en estado *implícito* (de pluralidad).

Durante mucho tiempo —mucho, contado por siglos y referido a la duración media de la vida humana— los animales superlativamente racionales: filósofos, teólogos, científicos . . . han estado ocupados en sumar —en sumas parciales: cual los físicos, de lo físico plural; los geómetras, de lo geométrico plural; los teólogos, de los dioses, plurales también. . . ; y, por ello, necesitando todos un Atlas externo a las crecientes sumas —un primer motor o Atlas físico; un Demiurgo, o Atlas cósmico; un Ser primero, o Atlas ontológico.

El mito de Atlas ha cambiado de forma; ha permanecido el mismo de fondo. Y quienes ya no creían ser necesario un Atlas físico, reputaban necesario un Atlas ontológico.

Y corriendo los siglos —que corren tan desagradablemente para individuos como para instituciones—, los filósofos modernos no creerán ser

necesario ya un Atlas ontológico, un Ser supremo —llámeselo Dios o no—; mas sostendrán ser imprescindible un Atlas filosófico: *un Filósofo* —claro está que *uno sólo*: él en persona, si es sincero de mente y atrevido de lengua, u otro, del que el aparentemente humilde se proclame—, *El Profeta*, *El Delegado*, *El Discípulo amado*, *El Heredero*.

“Dadme un punto de apoyo y levantaré el mundo” —frase bien conocida y sincera de un Atlas físico: científico y técnico que se llamó Arquímedes.

Ahora nos parece exorbitante, y un poco ridícula, tal pretensión de Arquímedes. Merece, sin duda, los dos calificativos —atemperados con una excusa. La ley de la palanca —formulada matemáticamente para mayor exactitud—, muestra que no hace falta ni igualdad ni proporción finitas y constantes entre masa a levantar y fuerza para levantarla. Basta con ese *invento* —de elemental mecánica, a nuestro juicio—, que es la palanca para que una fuerza cada vez más pequeña pueda levantar una masa tan grande como se quiera, empleando una barra crecientemente larga, apoyada en un punto.

Atlas no tiene por qué cansarse, y ser alabado cual el Infatigable (a-tlao), dándonos ese espectáculo de todo un gigante, de fuerza gigantesca, levantando con sus brazos el mundo.

Arquímedes debió sonreírse por la ingenuidad de los mitólogos de su raza. Un niño, con el meñique, pudiera levantar el mundo. Basta con que le den o *haya* un punto de apoyo y una palanca de brazo suficientemente largo y rígido. La fuerza: la causa eficiente es lo cada vez menos necesario.

La historia de la ciencia física nos dice —por si queremos o nos dignamos aprenderlo los filósofos—, que cada paso en su progreso pone de manifiesto sobrar causas o fuerzas donde antes se las creía necesarias. Para Aristóteles, cualquier movimiento aun el rectilíneo y uniforme, requería causa eficiente o fuerza física. El primer principio de la física moderna, el de inercia, afirma justamente que para todo movimiento rectilíneo y uniforme —así dure una eternidad, la haya durado y sea cuán grande queramos su velocidad—, no hace falta fuerza o causa física. Newton creyó hacer falta para movimientos de aceleración positiva o negativa —y la segunda ley formula tal necesidad. Pero Einstein mostrará que si un movimiento acelerado —cual la gravitación, ejemplarmente—, es movimiento natural, según las líneas naturales o “geodésicas” del universo geométrico o campo métrico universal, tal movimiento no requiere causa externa o fuerza.

El dominio causal se va reduciendo; no porque antes fuera realmente más extenso —hubiera habido antes más fuerzas, y ahora menos—,

sino porque la conceptualización era tan estrecha y exigente que le sucedía lo de la parábola del Nuevo Testamento: "el camello no pasa por el ojo de una aguja". Pero ¿quién "define" eso de puertas tan estrechas, dignas del metafórico nombre "ojo de aguja"?

Euclides padece, aún, de estrechez de definideras geométricas; y tiene que demostrar el teorema de Pitágoras para cada uno de los tres casos de triángulos con un ángulo igual, mayor o menor que un recto. Es decir: tres teoremas. Ahora se demuestra *el* teorema de Pitágoras con *una* única demostración —puerta tan amplia que por ella pasan cómoda y propiamente los tres tipos de triángulos.

Circunferencia, elipse, parábola, hipérbola... eran, cada una, puerta definida y estrecha; por circunferencia no pasaba elipse; por hipérbola no cabía circunferencia... La definición de cada una era "ojo de aguja" para las demás.

No mucho más tarde ábrese esa puerta real que es el concepto de "sección cónica"; y más tarde, siglos más tarde, se descubre la única fórmula algebraica por la que pasarán sin dificultad y con todos los honores esas curvas.

La conceptualización física ha sufrido de semejantes vicisitudes. El concepto de "cambio" es "ojo de aguja". Se lo definió de manera que para todo cambio hiciera falta causa o fuerza.

En tiempos de Aristóteles no existía ni *el* teorema de Pitágoras, ni *la* sección cónica... ni *el* concepto de movimiento natural. Existían "casos", "especies"... de todo ello, y un concepto abstracto, vago, común, tan poco real cual el de "animal" o "viviente" o "figura"... , o los universales clásicos de género, especie, diferencia... Es claro que triángulo con un ángulo mayor que un recto (triángulo obtusángulo), triángulo con un ángulo menor que un recto (triángulo acutángulo) y triángulo con un ángulo igual a un recto (triángulo rectángulo) convienen en el "género" "triángulo"; mas del concepto genérico de triángulo no se siguen o no se pueden deducir el teorema, o *los* teoremas de Pitágoras. Es verdad que esas tres especies de triángulo convienen en el género "triángulo" —es verdad tan verdadera cuanto vaga e inoperante demostrativamente— y de tales verdades "vagas" está llena la historia de la filosofía, de la física, de las matemáticas griegas y medievales. De semejantes verdades "vagas" se han ido curando física y matemáticas. La filosofía, aun la moderna y "actual", continúa pertinazmente definiendo "ojos de aguja", por una parte; y, por las demás, "tragaderas" por las que pasan lo mismo hombre que caballo o que ameba; Dios, lo mismo que hombre, dos, agua... Y hablamos larga y solemnemente de "ser", "viviente"... "número"... "causa"; tragaderas indiscriminadas todas ellas; o, por el contrario, de "ojos de aguja" —hombre, ameba, triángulo,

rectángulo, circunferencia, fuerza física, causa eficiente. . . ; de "esencia".

Atlas es caso ejemplar de "ojo de aguja". Sobra tanto al menos y por igual razón que los *tres* teoremas de Pitágoras. Euclides se fatigó inútil, y ejemplarmente, demostrando tres veces lo que es *un* Teorema.

Los filósofos, desde Descartes —y por sus virtudes y dotes geométricas, analíticas y físicas—, se han levantado —en general, no siempre—, a la altura de Arquímedes.

Para filosofar no hace falta movilizar todo un Atlas de fuerza gigantesca y extramundana o transcendente. Basta con *una fuerza finita*, de esfuerzo tan pequeño realmente cual pensar o conceptuar.

Un punto de apoyo, tan punto cual "yo pienso", "yo imagino" . . .

Una palanca de brazo tan rígido y de tan largo alcance cual "duda metódica", "abstención o epoké fenomenológica", "método transcendental" . . . ; y con eso poco se puede mover el mundo entero y sostenerlo en vilo, constituirlo o reconstituirlo.

A estas alturas históricas no se puede ni excusar ni perdonar el que una persona culta ignore que ha venido Cristo al mundo, y cuál ha sido su mensaje. Para una mayoría, abrumadora y escandalosa, de filósofos actuales no han venido *realmente* al mundo ni Galileo, ni Newton, ni Leibniz, ni Hilbert, ni Einstein. . . para no nombrar sino muertos ilustres que no pueden ya dar tanta envidia y lecciones y "malos" ejemplos como los vivos.

Todavía hay "Atlas" en filosofía —no muchos. Hay "Arquímedes", algunos, los más avanzados, para los que los Atlas, los transcendentales, resultan retrasados mentales o ridículos mitólogos.

Hay —por suerte y honor, y, sobre todo, por eficacia— filósofos a la altura de un Einstein o de un Hilbert. O a la altura o intentando consciente, trabajosa y escandalosamente ponerse a la altura de la ciencia, dejando ya de aceptar, gozar y utilizar sus consecuencias, mas fusilando clamorosa y pertinazmente los principios, cual tantos filósofos que van en avión, y no caen en cuenta de que su presencia y eficiencia es la refutación concreta, real y original de toda filosofía con "Atlas" —con transcendentales; y, en gran parte también, refutación de toda clase de "Arquímedes"— de "Transcendentales".

IV

¿Qué es lo que debe quedarnos de *Atlas* a los filósofos? —*Lo de Infatigables.*